

¿Qué es la lectura orante de la Palabra?

Una práctica que se desarrolló prioritariamente en los monasterios medievales se ha convertido en una de las formas más habituales de aproximarse a la Biblia por parte del pueblo cristiano: la *lectio divina* o lectura orante de la Palabra.

Después de un largo «ayuno» de la lectura, meditación y estudio de la Biblia en el mundo católico –E. Bianchi lo ha denominado: *el destierro de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia y en la vida de los creyentes*– el concilio Vaticano II (antes precedido, aunque de manera algo tímida, por algunos papas), abrió plenamente las puertas de la Palabra al Pueblo de Dios, sobre todo a partir de la constitución conciliar sobre la divina revelación *Dei Verbum*. Después de este evento, las intervenciones y documentos vaticanos, así como de las diferentes iglesias locales, han sido muchos insistiendo en la primacía de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia; lo último el Sínodo de los obispos, celebrado en Roma en octubre del 2008, sobre «La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia»

El camino recorrido es mucho, aunque aún insuficiente. La lectura creyente de la Biblia, hecha oración, tanto personal, como, sobre todo, comunitariamente, está posibilitando el encuentro dialogal con la Palabra de Dios. Cada vez hay más grupos que practican, por todos los lugares, muchas veces en las parroquias, y otras en casas particulares o en locales diversos, este diálogo con Dios, a través de su Palabra, y que está produciendo tan grandes frutos en las personas y en las comunidades.

La *lectio divina* se puede practicar de maneras muy diversas, con una gran libertad de espíritu y de formas. No obstante, presentaremos el modo más habitual, que hunde sus raíces en la lectura orante en los monasterios, adaptando y añadiendo un elemento más a los clásicos (*lectio, meditatio, oratio, contemplatio* [lectura, meditación, oración y contemplación]), la acción o compromiso cristiano.

La «**lectura**» responde a la pregunta: ¿qué dice el texto? Y consiste en leer el fragmento de la Escritura escogido de manera atenta, respetuosa; releerlo... con atención, sin prisas. Aquí cabe el contextualizar lo leído, conocer o recordar el género literario en que se escribió, el contexto histórico y cultural, etc. La intención no es de erudición, sino de interpretar el texto, aproximándonos lo más posible al contexto en que se escribió, para evitar las lecturas fundamentalistas. Los textos escogidos pueden ser los de la liturgia, la lectura continuada de un evangelio, alguna carta de Pablo, algún texto del Antiguo Testamento. Es importante organizar un «plan de lectura» y no la elección de los textos al azar.

En la «**meditación**» buscaremos ¿qué me dice el texto? Interiorizar lo que antes hemos leído, aplicarlo a nuestras vidas concretas, hacer que la Palabra resuene en nuestra existencia. No es tanto una labor intelectual como el dejarse «empapar» por la Palabra. Es una labor de actualización de la Palabra. A los textos de la Biblia no debemos aproximarnos sólo desde una perspectiva literaria, histórica o científica. Es Palabra viva, actual. Es la Palabra de Dios que sale a nuestro encuentro. Quiere entrar en diálogo contigo, con nosotros, con nosotras.

La Biblia es también, yo diría sobre todo, **«oración»**: ¿qué me sugiere decirle a Dios?; ¿qué quiere decirme Dios? Lo que hemos leído y meditado se convierte ahora en un diálogo amoroso entre Dios y yo, entre Dios y la comunidad. La oración es la respuesta a la Palabra que he leído, que he hecho mía, que he interiorizado. Hay que hablar con Dios, pero, sobre todo, dejar hablar a Dios. En la Biblia descubrimos al Dios todo amor que desea ardientemente conversar conmigo, estar a mi lado, compartirlo todo.

El ingrediente siguiente es la **«contemplación»** Es un paso más, después de la oración. Es un mirar a Dios y sentirse mirado por Él. Es experiencia profunda, íntima del amor de Dios, manifestado en su Palabra. Es sentirse «inundado» por Dios, rebosante de su amor.

Como la lluvia y la nieve descienden de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, y dan semilla al sembrador y pan al que come, así es la Palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hace lo que yo deseo y consigue aquello para lo que la envío (Is 55,10-11).

Es la presencia intensa, muchas veces silenciosa, del Amado junto a la amada: «el amor es fuerte como la muerte, la pasión inexorable como el abismo; sus llamas son llamas ardientes, una llama divina» (Ct 8,6).

Pero la Palabra de Dios es mucho más. Implica toda la existencia humana. Invita a la **«acción»**, al compromiso. La Palabra de Dios que encontramos en las Escrituras no es letra muerta –ya lo hemos visto en los pasos anteriores– si no que es capaz de cambiar a las personas, a las comunidades, a la Iglesia, al mundo. La Palabra de Dios nos interpela; nos posibilita ver la realidad que nos envuelve con la mirada de Dios. Nos compromete en la construcción de un mundo más humano, más digno, más respetuoso con las personas y con el entorno, más en la línea del plan amoroso de Dios.

Verdaderamente «la Palabra de Dios es viva y eficaz» (Heb 4,12). El número cada vez mayor de grupos que se reúnen alrededor de ella lo evidencia. Y es que la Biblia entusiasma, es capaz de producir el «milagro» de la transformación de los hombres, de las mujeres, de los jóvenes, de los niños, de las comunidades...

Os invito a descubrir juntos este inmenso caudal de gozo, de consuelo, de gracia, de plegaria intensa, de compartir comunitario de la Palabra, de compromiso por los valores del Reino...

Nos aproximaremos a este tipo de lectura de la Biblia a través de unos cuantos textos, un pequeño elenco, con el fin de familiarizarnos con la lectura orante de la Palabra y poder después practicarla de una forma más sistemática.

Las excusas a la vocación en Moisés

Las narraciones del *Éxodo* nos hablan de un Dios que no permanece impassible ante el sufrimiento del oprimido, un Dios que «siente» y comparte las angustias de su pueblo sometido.

Os invito a leer un fragmento de la historia, la llamada vocación de Moisés: Ex 2,24-4,18. Es un texto algo extenso, pero vale la pena el meditarlo pausadamente y descubrir el mensaje profundo que nos transmite.

Ex 2,23 Durante este largo período murió el rey de Egipto; los israelitas, gimiendo bajo la servidumbre, clamaron, y su clamor, que brotaba del fondo de su esclavitud, subió a Dios.

24 Oyó Dios sus gemidos, y acordose Dios de su alianza con Abraham, Isaac y Jacob.

25 Y miró Dios a los hijos de Israel y conoció...

3,1 Moisés era pastor del rebaño de Jetró su suegro, sacerdote de Madián. Una vez llevó las ovejas más allá del desierto; y llegó hasta Horeb, la montaña de Dios.

2 El ángel del Señor se le apareció en forma de llama de fuego, en medio de una zarza. Vio que la zarza estaba ardiendo, pero que la zarza no se consumía.

3 Dijo, pues, Moisés: «Voy a acercarme para ver este extraño caso: por qué no se consume la zarza.»

4 Cuando vio El Señor que Moisés se acercaba para mirar, le llamó de en medio de la zarza, diciendo: «¡Moisés, Moisés!» El respondió: «Heme aquí.»

5 Le dijo: «No te acerques aquí; quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada.»

6 Y añadió: «Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.» Moisés se cubrió el rostro, porque temía ver a Dios.

7 Dijo El Señor: «Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos.

8 He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel, al país de los cananeos, de los hititas, de los amorreos, de los perizitas, de los jivitas y de los jebuseos.

9 Así pues, el clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimen.

10 Ahora, pues, ve; yo te envío a Faraón, para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto.»

11 Dijo Moisés a Dios: ¿Quién soy yo para ir a Faraón y sacar de Egipto a los israelitas?»

12 Respondió: «Yo estaré contigo y esta será para ti la señal de que yo te envío: Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto daréis culto a Dios en este monte.»

13 Contestó Moisés a Dios: «Si voy a los israelitas y les digo: "El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros"; cuando me pregunten: "¿Cuál es su nombre?", ¿qué les responderé?»

14 Dijo Dios a Moisés: «Yo soy el que soy.» Y añadió: «Así dirás a los israelitas: "Yo soy" me ha enviado a vosotros.»

15 Siguió Dios diciendo a Moisés: «Así dirás a los israelitas: El Señor, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre, por él seré invocado de generación en generación.»

16 «Ve, y reúne a los ancianos de Israel, y diles: "El Señor, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, se me apareció y me dijo: Yo os he visitado y he visto lo que os han hecho en Egipto.

- 17 Y he decidido sacaros de la tribulación de Egipto al país de los cananeos, los hititas, los amorreos, perizitas, jivitas y jebuseos, a una tierra que mana leche y miel."
- 18 Ellos escucharán tu voz, y tú irás con los ancianos de Israel donde el rey de Egipto; y le diréis: "El Señor, el Dios de los hebreos, se nos ha aparecido. Permite, pues, que vayamos camino de tres días al desierto, para ofrecer sacrificios al Señor, nuestro Dios."
- 19 Ya sé que el rey de Egipto no os dejará ir sino forzado por mano poderosa.
- 20 Pero yo extenderé mi mano y heriré a Egipto con toda suerte de prodigios que obraré en medio de ellos y después os dejará salir.»
- 21 «Yo haré que este pueblo halle gracia a los ojos de los egipcios, de modo que cuando partáis, no saldréis con las manos vacías,
- 22 sino que cada mujer pedirá a su vecina y a la que mora en su casa objetos de plata, objetos de oro y vestidos, que pondréis a vuestros hijos y a vuestras hijas, y así despojaréis a los egipcios.»
- 4, 1 Respondió Moisés y dijo: «No van a creerme, ni escucharán mi voz; pues dirán: "No se te ha aparecido El Señor."»
- 2 Díjole El Señor: «¿Qué tienes en tu mano?» «Un cayado», respondió él.
- 3 El Señor le dijo: «Échalo a tierra.» Lo echó a tierra y se convirtió en serpiente; y Moisés huyó de ella.
- 4 Dijo El Señor a Moisés: «Extiende tu mano y agárrala por la cola.» Extendió la mano, la agarró, y volvió a ser cayado en su mano...
- 5 «Para que crean que se te ha aparecido El Señor, el Dios de sus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.»
- 6 Y añadió El Señor: «Mete tu mano en el pecho.» Metió él la mano en su pecho y cuando la volvió a sacar estaba cubierta de lepra, blanca como la nieve.
- 7 Y le dijo: «Vuelve a meter la mano en tu pecho.» La volvió a meter y, cuando la sacó de nuevo, estaba ya como el resto de su carne.
- 8 «Así pues, si no te creen ni escuchan la voz por la primera señal, creerán por la segunda.
- 9 Y si no creen tampoco por estas dos señales y no escuchan tu voz, tomarás agua del Río y la derramarás en el suelo; y el agua que saques del Río se convertirá en sangre sobre el suelo.»
- 10 Dijo Moisés al Señor: «¡Por favor, Señor! Yo no he sido nunca hombre de palabra fácil, ni aun después de haber hablado tú con tu siervo; sino que soy torpe de boca y de lengua.»
- 11 Le respondió El Señor: «¿Quién ha dado al hombre la boca? ¿Quién hace al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo, El Señor?
- 12 Así pues, vete, que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que debes decir.»
- 13 El replicó: «Por favor, envía a quien quieras.»
- 14 Entonces se encendió la ira del Señor contra Moisés, y le dijo: «¿No tienes a tu hermano Aarón el levita? Sé que él habla bien; he aquí que justamente ahora sale a tu encuentro, y al verte se alegrará su corazón.
- 15 Tú le hablarás y pondrás las palabras en su boca; yo estaré en tu boca y en la suya, y os enseñaré lo que habéis de hacer.
- 16 El hablará por ti al pueblo, él será tu boca y tú serás su dios.
- 17 Toma también en tu mano este cayado, porque con él has de hacer las señales.»
- 18 Moisés volvió y regresó a casa de Jetró, su suegro, y le dijo: «Con tu permiso, me vuelvo a ver a mis hermanos de Egipto para saber si viven todavía.» Dijo Jetró a Moisés: «Vete en paz.»

Nos fijaremos en algunos detalles de la trama. Para ello seguiremos en parte (sobre todo en el esquema, el resto de forma más libre) el análisis que hace del texto X. Picaza, en su libro *Dios judío, Dios cristiano*.¹

a) **Introducción (Ex 2,23-25): Dios escucha y ve a los oprimidos.**

Los israelitas, desde la opresión de la servidumbre, lloran y gritan a Dios. Su oración no es precisamente rutinaria, nace del dolor y del sufrimiento por la injusticia.

Dios no es un mero observador de la historia –como en muchas ocasiones es presentado o imaginado–; Él escucha su clamor, recuerda su alianza, mira la humillación que están padeciendo, conoce a su pueblo.

Escuchar, recordar y mirar son verbos, acciones que implican a toda la persona en la antropología bíblica, que indican la totalidad. Dios se involucra en la historia humana, toma partido por los más débiles: los escucha, los mira compadeciéndose, es fiel a sus promesas. Dios también «conoce» a su pueblo. El verbo conocer (**[dy]** en hebreo tiene un sentido de intensidad, de relación personal, de intimidad.² El Dios de Israel no conoce superficialmente o de oídas, conoce en profundidad, hace suyo el sufrimiento del oprimido.

b) **Teofanía (Ex 3,1-6): Dios, la zarza ardiente.**

La montaña del Horeb, que en otros lugares es conocida como el Sinaí, es el lugar donde se produce la teofanía, la manifestación de Dios. Atravesar el desierto, la montaña, el fuego que no se extingue son símbolos de la sacralidad del lugar, de su transcendencia.

Es Dios quien se manifiesta, no Moisés quien busca a Dios. El Dios de Israel es el Dios que sale al encuentro del ser humano.

El respeto por la transcendencia divina induce al narrador a situar en la escena al «ángel del Señor», en lugar de Dios mismo. En la misma línea se sitúa la orden de descalzarse dada a Moisés, subrayando la santidad del lugar y de la situación, el espacio sagrado donde va a entrar (cf. Jos 5,15).

El autor sagrado dibuja la escena a través de una zarza ardiendo, cuyo fuego no se consume. Hace un juego de palabras entre las expresiones zarza (en hebreo *sēneh*) y Sinaí (*sīnai*). «La combustión de la zarza se vincula así con el fuego de la teofanía

¹ Javier PÍKAZA, *Dios judío, Dios cristiano*, Estella: Verbo Divino 1996. El análisis está desarrollado en las páginas 56-65.

² Originalmente es aplicado a las relaciones sexuales entre hombre y mujer, como forma más íntima de conocimiento; aunque también a todo tipo de conocimiento personal, profundo. «Por contraste con la teoría griega del conocimiento (abstracción), el conocimiento según la concepción bíblica, consiste en una relación personal entre sujeto y objeto, de modo que conocer (reconocer) es un término que nos introduce en la esfera de lo que se puede experimentar, captar, palpar» (H. HAAG – A. VAN DEN BORN – S. de AUSEJO, *Diccionario de la Biblia*, Barcelona: Herder 1975, col. 365).

del Sinaí (cf. 19,18). Existe, por tanto, una asociación estrecha del éxodo y el Sinaí ya desde el mismo comienzo.»³ Aunque el simbolismo de la llama en la zarza aún puede ser más intenso:

Es un fuego paradójico: es zarza sin consumirse. Esto es Dios: llama constante, vida que se sigue manteniendo en aquello que parece incapaz de tener vida. Quizá pudiera tratarse un paralelo: los hebreos oprimidos son la zarza, arbusto frágil que en cualquier momento puede quebrar y destruirse, desapareciendo en el desierto o la montaña de los grandes pueblos de este mundo. Pues bien, en esa pobre zarza se desvela Dios, como vida en aquello que es más débil, más frágil.⁴

Hay un claro relato de vocación, de elección, de llamada y de respuesta a la llamada: «¡Moisés, Moisés!» *El respondió: «Heme aquí.»* Llamada y respuesta que se repetirán con frecuencia en muchas páginas de la Biblia (cf. Gn 22,1 [Abraham]; 1Sa 3,4 [Samuel]; etc.)

Pero, quizás, la intensidad, de esta primera parte de la escena, lo ocupa la autopresentación de Dios. No es un extraño, tampoco es un dios lejano. Hay una continuidad histórica con la experiencia del pueblo. Es Dios de los oprimidos, es Dios de los padres, es Dios de la vida. Es el Señor de la historia, que se hace presente en la realidad de su pueblo, al que no olvida, al que escucha su clamor y ve la injusticia que está padeciendo, al que conoce íntimamente.

c) Misión (Ex 3,7-10): Moisés, el enviado de Dios

Vuelven a aparecer los tres verbos: «he visto», «he escuchado», «conozco». Unidos a una realidad dramática, trágica: «la aflicción de mi pueblo»; «su clamor en presencia de sus opresores»; «sus sufrimientos». Esta situación exige una respuesta activa; las cosas han de cambiar; el mal en el mundo no responde a un destino inexorable, no tiene la última palabra.

Dios «baja» a comprometerse con la causa humana, a implicarse en la historia de su pueblo. Y lo hace para «liberar» a su pueblo de la opresión. Baja para que Israel «suba», para devolverle la dignidad, para llevarle a una tierra donde disfrute de la libertad.

Continúa el relato de vocación: Moisés es enviado por Dios a realizar su voluntad liberadora.

d) Revelación más profunda (Ex 3,11-15): el nombre de Yahvé

Moisés se ve pequeño ante tan gran misión. Aunque el narrador también quiere subrayar las dudas, la falta de fe del patriarca, sus excusas ante una tarea que se le antoja imposible. La respuesta de Dios es consoladora: «Yo estaré contigo» (v. 12). La iniciativa, subrayará el hagiógrafo, es siempre de Dios; Él cuenta siempre con la

³ John F. CRAGHAN, «Éxodo», *Comentario Bíblico Internacional*, Estella: Verbo Divino ⁴2005, p. 382.

⁴ X. PIKAZA, *Dios judío, Dios cristiano*, 59.

mediación humana, pero ésta es débil, indecisa, limitada. La acción salvadora, liberadora, sin Dios se quedaría en nada: Él es el protagonista principal, aunque siempre intervenga a través de hombres y mujeres escogidos.

El Dios que se manifiesta a Moisés es el Dios de los padres, el Señor de la historia. Así lo ha de reconocer Moisés y también el pueblo. Es un Dios cercano, comprometido con su pueblo y con su historia. Así ha de ser reconocido e invocado «de generación en generación» (v. 15). No es un dios estático, sino el Dios siempre activo, perennemente atento a las necesidades del débil, del oprimido.

(No comentaremos los versículos restantes, y nos concentraremos en el capítulo siguiente)

e) Dificultades y signos (4,1-18): El Señor, Dios de Moisés

Las excusas que continúa contraponiendo Moisés a la misión que Dios le encomienda rozan la jocosidad. El narrador continúa subrayando la iniciativa divina. Para su acción salvadora, liberadora, se servirá de Moisés; pero el auténtico protagonista de la gesta histórica, que marcará definitivamente la historia y la vida del pueblo de Israel, es Dios mismo, es el Señor.



La tercera excusa, que encabeza este capítulo (4,1), es triple: «no van a creerme»; «ni escucharán mi voz»; «dirán: “no se te ha aparecido El Señor”». Hablan de fe, de escucha y de credibilidad. La fe del pueblo será la fe de Moisés, sus palabras serán la «palabra de Dios», la credibilidad consistirá en fiarse del Señor, en guardar fidelidad a su Palabra. Eso ha de entenderlo Moisés y lo ha de entender el pueblo.

Los signos que dan continuidad a este pasaje son anticipo de los signos que Moisés realizará ante el Faraón y el pueblo egipcio, y son respuesta a las vacilaciones de Moisés. Dios estará al lado de Moisés, nada ha de temer.

La Palabra de Dios estará en la boca de Moisés. Ésta es la respuesta (v. 12) que el Señor da a Moisés después del cuarto pretexto que plantea (v. 10). Moisés será el **aybin**" (*nabí*: profeta) del Señor:⁵ Dios hablará a través de él; no se ha de preocupar por lo que ha de decir.

Una idea similar aflora ante la quinta y última excusa: su hermano Aarón será su voz, hará de profeta de Moisés. Pero, quizás antes es interesante fijarnos en la reacción del Señor, después de tanta excusa. Comenta el narrador que «entonces se encendió la ira del Señor contra Moisés» (v. 14). ¡La paciencia de Dios tiene un límite! Pero aún en esta ocasión prevalece la voluntad salvífica de Dios. Introduce al lado de la figura profética de Moisés, la sacerdotal de su hermano Aarón. «Así vemos junto a Moisés, fundador original, *al sacerdote* que interpreta y expande su mensaje. Las fórmulas del texto (4,4-17) expresan con toda nitidez la relación entre Moisés (= liberador y legislador) y Aarón (= sacerdote y escriba).»⁶

Los acontecimientos del Éxodo se convertirán en el referente necesario de la historia de Israel. La historia del pueblo, incluso la noción de pueblo, mejor aún, de «pueblo de Dios» tiene su origen en la experiencia de liberación de Egipto. La Pascua será, a partir de ahora, la celebración, de generación en generación, de este evento salvífico (cf. Ex 12,1-20; Lv 23,5-8; Nm 9,2-14; 28,16-25; Dt 16,1-8; etc.)

Las promesas del Señor a los patriarcas, a Abraham, Isaac y Jacob, se materializan en la formación de un pueblo con identidad propia, el pueblo de Israel, el pueblo de Dios, a partir de la liberación de Egipto.

Las ideas que transmite esta narración siguen siendo actuales. Nos plantean muchos interrogantes existenciales. ¿Soy capaz, en la intimidad de la oración, de reconocer en mi vida a un Dios cercano, íntimo, preocupado y ocupado en las necesidades de la humanidad? ¿Reconozco a un Dios que se solidariza con el sufrimiento humano, haciéndolo propio?

¿Entiendo mi vocación concreta como una llamada de Dios para hacer posible que su plan salvífico para la humanidad se lleve a cabo? ¿Cuántas excusas pongo a Dios a la hora de hacer vida en mi existencia su llamada? ¿Cuántos miedos, respetos humanos, prejuicios... me atenazan y dificultan, o incluso imposibilitan, mi fidelidad a la vocación?

El Señor quiere comunicarse conmigo en la oración, a través de su Palabra. Me está pidiendo que tenga confianza, que me fié de Él. Él siempre está presente en mi vida, en mis acciones. No estoy solo o sola. Aunque, también, desea que cumpla la misión para

⁵ El *nabi*, el profeta, es el que habla la Palabra de Dios. «El hebr. *nābī'* tiene el mismo significado fundamental que el gr. *profh, thj*: anunciador, sobre todo, de una palabra inspirada. Así, Aarón se llama *nābī'* porque anuncia al faraón la palabra sugerida por Moisés (Ex 7,19; cf. 4,16). El *nābī'* es la boca de Yahvé (Jer 15,19), porque anuncia su palabra (Jer 18,18; cf. 1Re 17,24; Os 6,5; Am 3,8)» (H. HAAG, – A. VAN DEN BORN, – S. de AUSEJO, «Profeta», *Diccionario de la Biblia*, col. 1573).

⁶ X. PIKAZA, *Dios judío, Dios cristiano*, 65.

la que he sido elegido/a. Es posible un mundo más justo, es posible que las cosas cambien, es viable que quien sufra encuentre consuelo y ayuda. Pero, para ello cuenta contigo, conmigo. Sin ti, sin mi no puede hacerlo. En su «debilidad» está su grandeza.

Amor quiero y no sacrificios (Os 6,6 || Mt 9,13; 12,7)

La prioridad del amor, de la compasión, de la benevolencia será una máxima de toda la Biblia. Los sacrificios, el culto, la liturgia... serán realidades siempre subordinadas al amor.

No es una negación de lo segundo: el culto, la liturgia es algo valioso y necesario. Responde a la necesidad de la comunidad creyente de dar a Dios la alabanza que se merece, y de hacerlo de una forma pública, comunitaria, eclesial. Pero un culto que no responde a una existencia, personal y comunitaria, empeñada en hacer presente la voluntad salvífica de Dios; en sentir como propias las necesidades del prójimo; en considerar a cada hombre y a cada mujer hijos de Dios y hermanos propios; es algo vacío, inútil, sin sentido.

Leeremos uno de los muchos textos de denuncia del profeta Amós (s. VIII a.C.). Profetizó en Betel, uno de los principales centros de culto del reino del Norte, cerca de la frontera judeoisraelita (7,10-17) y, posiblemente, también en algún que otro lugar, posiblemente Samaría⁷, donde se opone a la injusticia generalizada y a un culto que no responde a una vida según el plan amoroso de Dios.

- Am 5, 11 Pues bien, ya que vosotros pisoteáis al débil, y cobráis de él tributo del grano, casas de sillares habéis construido, pero no las habitaréis; viñas selectas habéis plantado, pero no beberéis su vino.
- 12 ¡Pues yo sé que son muchas vuestras rebeldías y graves vuestros pecados, opresores del justo, que aceptáis soborno y atropelláis a los pobres en la Puerta!
- 13 Por eso el hombre sensato calla en esta hora, que es hora de infortunio.
- 14 Buscad el bien, no el mal, para que viváis, y que así sea con vosotros el Señor del Dios del universo, tal como decís.
- 15 Aborreced el mal, amad el bien, implantad el juicio en la Puerta; quizá el Señor, Dios del universo tenga piedad del Resto de José.
- 16 Por eso, así dice el Señor, el Dios del universo, el Señor: En todas las plazas habrá lamentación y en todas las calles se dirá: «¡Ay, ay!» Convocarán a duelo al labrador, y a lamentación a los que saben plañir;
- 17 lamentación habrá en todas las viñas, porque voy a pasar yo por medio de ti, dice el Señor.
- 18 ¡Ay de los que ansían el Día del Señor! ¿Qué creéis que es ese Día del Señor? ¡Es tinieblas, que no luz!
- 19 Como cuando uno huye del león y se topa con un oso, o, al entrar en casa, apoya una mano en la pared y le muerde una culebra...
- 20 ¿No es tinieblas el Día del Señor, y no luz, lóbrego y sin claridad?
- 21 Yo detesto, desprecio vuestras fiestas, no me gusta el olor de vuestras reuniones solemnes.
- 22 Si me ofrecéis holocaustos... no me complazco en vuestras oblaciones, ni miro a vuestros sacrificios de comunión de novillos cebados.
- 23 ¡Aparta de mi lado la multitud de tus canciones, no quiero oír la salmodia de tus arpas!

⁷ Michael L. BARRÉ, «Amós», en R. E. BROWN – J. A. FITZMYER – R. E. MURPHY (eds.), *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo: Antiguo Testamento* (a partir de ahora: *NCBSJ: AT*), Estella: Verbo Divino 2005, p. 320.

24 ¡Que fluya, sí, el juicio como agua y la justicia como arroyo perenne!

El profeta Amós se revela contra aquellos que oprimen al débil y extorsionan al pobre. Y, por eso, apremia a buscar el bien y abandonar el mal (vv. 14-15). No es suficiente «buscar a Dios» en el culto: en eso no consiste el bien que el profeta, en nombre de Dios, exige. Dios está de parte de quien practica la justicia (v. 15). No pueden esperar piedad de Dios aquellos que no se apiadan del indigente y despojan al necesitado.

Los versículos 16-17 son una lamentación por Israel, que se ha apartado de la justicia. El juicio del Señor no se hará esperar (vv. 18-20). Pero no será, como algunos suponían, un «Día» contra los enemigos de Israel. Es el propio Israel quien sufrirá el merecido castigo. La pertenencia al pueblo de las promesas no es garantía de impunidad.

La inversión del contenido del «día de Yhwh», realizada por el profeta, muestra que ese «día» era conocido y esperado por los Israelitas, pues de lo contrario la intervención del profeta transformando el sentido de la espera perdería todo significado. Los Israelitas esperaban la intervención de DIOS, su «día», en favor de su pueblo. Esta idea se menciona expresamente en Is 9, 3, la victoria sobre los madianitas (Jue 7-8), el «día de Madián», se convierte en un ejemplo, en una ilustración de la acción de DIOS en favor de su pueblo, en el «día de Yhwh». Según Amós, ese «día de Yhwh» revestirá la forma de un día de tinieblas y de angustia, de un día de castigo para Israel.

Una vez más, invirtiendo las creencias y la teología de sus contemporáneos, Amós actúa contra corriente y pone en evidencia una de las características de los profetas, que consiste en situarse a menudo en oposición respecto a la vida y las opiniones de su tiempo.⁸

La última parte de los versículos escogidos (vv. 21-24) es una crítica implacable contra un culto vacío. Los actos de culto, los sacrificios rituales, las solemnidades religiosas, no complacen al Señor, si no van acompañados de un cambio de actitud, de una apuesta por el bien. El Señor detesta, desprecia, aborrece, no le complacen, aparta de sí, no quiere ni mirar ni oír este culto exterior vacío, afirmará el profeta. Un culto que no responda a un estilo de vida donde prevalezca la justicia, no tiene ningún valor. Lo que Dios espera de ellos, y también de todo su pueblo, es que el juicio y la justicia fluyan como agua impetuosa y como torrente inagotable.

El profeta utiliza un recurso literario conocido como «negación dialéctica», por el que se niega intensamente un aspecto (en nuestro caso, la justicia, v. 24); cf. Os 6,6. El culto de Israel desagrada a Yahvé porque se realiza como sustituto de las exigencias de la alianza.⁹

La acusación contra un pueblo que mantiene un culto suntuoso, pero se olvida de lo más importante: de la justicia, del amor, de la solicitud por las necesidades del prójimo, fundamentalmente del pobre, será un lugar recurrente de la mayoría de los profetas, tanto de Israel como de Judá.

Los profetas de Israel nunca dieron una visión sentimental de la pobreza; en sintonía con el resto del AT, la consideraban como algo no deseable. El pobre no era justo por ser pobre,

⁸ Jesús M. ASURMENDI, *Amós y Oseas* (Cuadernos Bíblicos 64), Estella: Verbo Divino 1989, p. 18.

⁹ Michael L. BARRÉ, «Amós», 327.

pero no se podía pasar por alto el hecho existencial de que la pobreza y la opresión injusta eran frecuentes compañeras. Era la maldad de los demás la que había creado esta situación, y los esfuerzos proféticos iban dirigidos en su conjunto contra el mal.¹⁰

Descubrimos en la oración, a partir de la Palabra de Dios, que nuestra vida, en muchas ocasiones, no responde a las exigencias de la justicia. Cuidamos, con esmero, el culto y la liturgia. Y es algo bueno. Pero, no es suficiente. Hemos de preguntarnos si nuestra existencia responde a las exigencias de la Palabra de Dios, si nuestra apuesta es por la justicia, por la dignidad humana, por el amor sin límites. Sin los límites de las diferencias étnicas, culturales, económicas, sexuales, religiosas; pero también sin los límites de mis prejuicios, de mis gustos, de mis simpatías, de mis manías.

La Palabra profética cuestiona nuestra religiosidad. Si ésta no nos hace ser mejores personas: más amables, más serviciales, más justas, más comprensivas, más solidarias, ¿para qué sirve?; ¿para qué nuestra oración?; ¿qué aprovechan los actos de culto?

El seguimiento de Jesús no se agota, ni mucho menos, en los actos de piedad y de culto. Responde a toda una vida, a una forma de pensar y de actuar. Hemos de descubrir en la oración y, sobre todo, en la contemplación qué es lo que me está pidiendo Dios. He de sentirme interpelado por su Palabra. Dios me está mirando amorosamente; conoce nuestras buenas intenciones y espera que demos un paso más.

Es posible vivir de forma más comprometida nuestra existencia cristiana; es posible que trate mejor a quienes me rodean; es posible ser más justo, más cariñoso, más afable, más amable...; es posible comprometerme en que cambien las situaciones de injusticia que me rodean, en la comunidad, en la Iglesia, en el mundo. Dios cuenta con nosotros, Dios cuenta contigo, conmigo.

¹⁰ Bruce VAWTER, «Introducción a la literatura profética», *NCBSJ: AT*, 304

El Reino de Dios es como un grano de mostaza

El Reino de Dios es un tema omnipresente en los dichos, en los gestos, en los exorcismos, en las curaciones... de Jesús. La mayoría de estudiosos comparten la idea de la centralidad de la predicación del Reino en el ministerio de Jesús.

La forma habitual de enseñar de Jesús es a través de parábolas. Y su idea del reino/reinado de Dios nos llegará privilegiadamente por medio de sus parábolas.

La versión más antigua de la parábola del grano de mostaza nos ha llegado, probablemente, a través del evangelio de Marcos. Será en la versión de este evangelista donde nos detendremos a contemplar las palabras de Jesús. La encontramos en el capítulo 4 de su evangelio, capítulo en el que hallamos una concentración de la mayoría de parábolas de este evangelio.

- Mc 4, 30 Y proseguía diciendo: «¿A qué compararemos el reino de Dios o con qué parábola lo describiremos?
- 31 Es como el grano de mostaza que, cuando se siembra en la tierra, es la más pequeña de todas las semillas que sobre la tierra existen;
- 32 pero, una vez sembrado, se pone a crecer y sube más alto que todas las hortalizas, y echa ramas tan grandes que los pájaros del cielo pueden anidar bajo su sombra»

Ésta parábola, junto con otras muchas, no acaba con una aplicación interpretativa. El evangelista narra las palabras de Jesús sin aclaración posterior, sin explicación del sentido ni por parte del narrador ni por parte del personaje principal, Jesús. «Jesús deja al oyente sacar la conclusión de la parábola»¹¹ Seguramente, como anota J. Jeremias, esta forma de parábola, sin más, corresponde al Jesús histórico; la mayoría de sus parábolas serían así, no necesitaban de explicación o, mejor, su interpretación era abierta.

El ejemplo de planta que utiliza Jesús, para hablar del Reino de Dios, no destaca por su grandeza; no es una palmera, ni mucho menos un alto cedro del Líbano. Imágenes estas usadas con frecuencia en la Biblia Hebrea:

Florece el justo como la palmera, crece como un cedro del Líbano (Sal 92,13)

Mira a un cedro del Líbano de esplendido ramaje, de fronda de amplia sombra y de elevada talla. Entre las nubes despuntaba su copa. Las aguas le hicieron crecer, el abismo le hizo subir, derramando sus aguas en torno a su plantación, enviando sus acequias a todos los árboles del campo. Por eso su tronco superaba en altura a todos los árboles del campo, sus ramas se multiplicaban, se alargaba su ramaje, por la abundancia de agua que le hacía crecer. En sus ramas anidaban todos los pájaros del cielo, bajo su fronda parían todas las bestias del campo, a su sombra se sentaban naciones numerosas. Era hermoso en su grandeza, en su despliegue de ramaje, porque sus raíces se alargaban hacia aguas abundantes. No le igualaban los demás cedros en el jardín de Dios, los cipreses no podían competir con su ramaje, los plátanos no tenían ramas como las suyas.

¹¹ Joachim JEREMIAS, *Las parábolas de Jesús*, Estella: Verbo Divino ³1974, p. 130.

Ningún árbol, en el jardín de Dios, le igualaba en belleza. Yo le había embellecido con follaje abundante, y le envidiaban todos los árboles de Edén, los del jardín de Dios (Ez 31,3-9)

No son estos grandes árboles de los que se sirve Jesús para explicar cómo es el Reino de Dios. La semilla del arbusto de mostaza era la más pequeña conocida, imagen de los inicios humildes del Reino de Dios, predicado por Jesús. Pero, su desarrollo tampoco es portentoso; el tamaño y la forma de este arbusto no es precisamente sobresaliente. El aspecto que el evangelista quiere subrayar es otro, es la acogida de todos y de todas en este Reino de Dios, valiéndose de la imagen de los pájaros que anidan bajo su sombra (imagen ya utilizada por el profeta Ezequiel). «Para Jesús, la verdadera metáfora del reino de Dios no es el cedro, que hace pensar en algo grandioso y poderoso, sino la mostaza, que sugiere algo débil, insignificante y pequeño»¹²

La imagen de Dios que aparece en esta parábola del Reino es la de un Dios que desea acoger a todos, de un Reino en el que nadie es excluido, una realidad donde todo ser humano se siente aceptado y dignificado. La grandeza la deja para los poderosos de este mundo; el estilo de Jesús, el Dios de Jesús es de otra manera.

¡Qué distintos de lo que se esperaba eran los comienzos del tiempo de salvación predicado por Jesús! Este grupo miserable, al que pertenecían tantas gentes de mala fama, ¿había de ser la comunidad salvífica nupcial de Dios? Sí, dice Jesús; ella es. Con la misma seguridad con que de la pequeña semilla de mostaza se produce el gran arbusto y del pequeño trozo de levadura la masa fermentada, el milagro de Dios convertirá mi pequeña grey en el pueblo de Dios del tiempo de la salvación, que abarcará a todos los pueblos.¹³

No es difícil llevar este texto a la oración y a la meditación. El Señor nos está pidiendo personal y comunitariamente un cambio de actitud. No son los medios, la publicidad (lo conocidos que seamos), la grandeza, el éxito, la fama, ni siquiera el número... la medida para valorar si estamos construyendo adecuadamente el Reino de Dios aquí y ahora. Nuestros esfuerzos, con frecuencia, caminan en esta dirección. Y no es malo, pero no es lo mejor. No significa renunciar a ser más conocidos, a disponer de medios más adecuados, a tener más vocaciones, al derecho a ser escuchados... Pero todo ello no es lo nuclear, no es lo fundamental.

La acogida del necesitado; nuestra actitud ante el otro o la otra, de la comunidad o de fuera de la comunidad; el buscar que cualquiera que entre en contacto con nosotros se sienta reconocido, respetado, aliviado, escuchado, tratado con amor. Aunque seamos pequeños, insignificantes, débiles; como el Reino de Dios que proclamaba Jesús.

Todo ello he de pararme a contemplarlo, a «rumiarlo», junto a Jesús, personal, pero también comunitariamente. Y, lógicamente, llevarlo a la vida: con un plan concreto. Las buenas intenciones no son suficientes. Mi vida, nuestra vida ha de responder a la «Buena Noticia» de Jesús, a su predicación del Reino.

¹² José Antonio PAGOLA, *Jesús. Aproximación histórica*, Boadilla del Monte (Madrid): PPC 2007, p. 122.

¹³ J. JEREMIAS, *Las parábolas de Jesús*, 183.

Un Padre que sólo sabe amar

Hemos escuchado y leído muchísimas veces la parábola del Padre amoroso (Lc 15,11-31), más conocida como la parábola del hijo pródigo (aunque este título, a mí entender, no es el más apropiado). Vamos a intentar juntos «sumergirnos» en el contexto y en el contenido que quiso transmitirnos el evangelista.

Nos la narra el evangelio de Lucas, en su colección de tres parábolas (cap. 15) sobre el amor misericordioso de Dios.

- Lc 15,11 Dijo: «Un hombre tenía dos hijos;
12 y el menor de ellos dijo al padre: “Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde.” Y él les repartió la hacienda.
13 Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino.
14 Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad.
15 Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos.
16 Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba.
17 Y entrando en sí mismo, dijo: “¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre!
18 Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti.
19 Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros.”
20 Y, levantándose, partió hacia su padre. Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente.
21 El hijo le dijo: “Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo.”
22 Pero el padre dijo a sus siervos: “Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponédle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies.
23 Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta,
24 porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado.” Y comenzaron la fiesta.
25 Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas;
26 y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello.
27 El le dijo: “Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano.”
28 El se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba.
29 Pero él replicó a su padre: “Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos;
30 y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!”
31 Pero él le dijo: “Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo;
32 pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado.”»

Jesús en esta parábola, y en las dos anteriores del mismo capítulo (la oveja perdida [Lc 15,3-7] y la dracma perdida [Lc 15,8-10]), justifica ante sus adversarios¹⁴ el anuncio de la Buena Nueva a los despreciados y abandonados,¹⁵ a los marginados de la sociedad, mostrando cómo Dios «siente» y actúa; así nos lo muestra el evangelio de Lucas.

Descubrimos, en la narración, el Dios de la ternura y de la misericordia; un Dios-Padre más próximo a la forma de actuar de una madre que de un padre, según los arquetipos patriarcales de la época: corre hacia el hijo, le abraza, le besa efusivamente...

La semblanza del padre por parte de Jesús es extraña, y lo era aún más en su época (por ejemplo, un notable no se permitía correr). Silencioso, accede a la petición del hijo menor y le deja partir. Por el contrario, desde que lo ve de regreso, se convierte en vivo y activo. Corre, se arroja a su cuello, lo cubre de besos, interrumpe la palabra con la que su hijo quería humillarse, lo restablece en su dignidad (vestido y sandalias), en sus derechos (el anillo), organiza un banquete, hace venir a los músicos. [...] Este padre ama también a su hijo mayor, puesto que sale hacia él y «le suplica». Por otra parte, parece admitir que el mayor habría podido tomar un cabrito para festejar sin pedirle permiso.¹⁶

Fitzmyer ve en esta parábola una imagen de Dios todo amor y del reino de Dios que abre sus puertas de par en par para todos:

La parábola presenta al padre como símbolo del amor del propio Dios. Un amor, una misericordia incondicional, abierta, ilimitada, que no sólo se vuelca sobre el pecador arrepentido —el hijo menor—, sino también sobre el crítico intransigente —el hijo mayor—, que se obstina en su incompreensión. La parábola es, al mismo tiempo, una espléndida caracterización del mensaje salvífico de Jesús, el gran predicador del Reino. Si algo es claro en la mentalidad de Lucas es su insistencia en la magnanimidad de Dios, sobre todo cuando se trata de abrir de par en par las puertas del Reino a un pecador arrepentido.¹⁷

El reino de Dios es presentado, en esta parábola, como una realidad inclusiva. En él hay lugar para todos, para todas. El Dios de Jesús es un Dios acogedor, paternal —más aún, maternal—, que se alegra cuando alguien que se había perdido vuelve, que perdona, que ama generosamente, que corre, abraza y besa tiernamente, que devuelve la dignidad perdida, que quiere que todos y todas participen de su alegría. E invita a los «cumplidores», a los críticos a que compartan esta misma actitud. Un Dios que no espera que el alejado venga y pida perdón, si no que sale a su encuentro.

El «rey» del reino de Dios no es un déspota, no es un tirano que quiere tener sometidos a sus súbditos. El rey del reino que predica Jesús es un padre, un padre amoroso, «loco» de amor por sus hijos; dispuesto a buscar, a acoger a cualquiera de ellos que se pierda.

¹⁴ «Los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: “Este acoge a los pecadores y come con ellos”» (Lc 15,2).

¹⁵ J. JEREMIAS, *Las parábolas de Jesús*, 158.

¹⁶ Yves SAOÛT, *Evangelio de Jesucristo según san Lucas* (Cuadernos Bíblicos 137), Estella: Verbo Divino 2007, p. 68.

¹⁷ Joseph A. FITZMYER, *El evangelio según Lucas. Traducción y comentario*, tomo III: capítulos 8,22-18,14, Madrid: Cristiandad 1987, p. 675.

En la parábola es fácil identificarse con alguno de los personajes. El hijo menor representa a los pecadores (todos y todas somos pecadores), a los desagradecidos con el amor entrañable de Dios. Pero, también a quienes han (hemos) tenido la experiencia del perdón gratuito, amoroso, acogedor de Dios-Padre. Todos, todas hemos experimentado cómo el Señor nos ha devuelto la dignidad, que tantas veces habíamos pisoteado. Hemos comprobado el amor íntimo del Padre, a pesar de sentirnos indignos de él. Nos hemos sentido acogidos, escuchados, amados. Es la experiencia única del amor siempre fiel de Dios: de un Dios que corre a nuestro encuentro, que nos abraza, que nos besa tiernamente...

Aunque, también, todos y todas tenemos algo (o mucho) del hijo mayor de la parábola. Somos del grupo de los cumplidores. Nos sentimos –aunque lo intentemos disimular– mejores que los demás. Pensamos, más o menos conscientemente, que Dios nos debe algo. Vemos a Dios más como Alguien a quien hemos de servir que a un Padre al que hemos de amar, en quien nos sentimos amados.

Esa actitud la ampliamos a los que nos rodean. Cuantas actitudes críticas, con amargor, intransigentes hacia el otro o la otra. Vemos a quien tenemos enfrente como un rival, no a un hermano o una hermana. Nos irrita el que le vayan bien las cosas, el que sea reconocido/a. Yo me lo merezco más, pienso en mi interior, o incluso lo critico abiertamente. Esa actitud no me permite compartir la alegría fraternal de la vuelta, del reconocimiento del hermano o de la hermana.

Esta parábola llevada a la oración me descubrirá que mi amor se ha de parecer al de este Padre-Madre que es Dios; a la entrega generosa, sin distinciones, de Jesús. Sólo si soy capaz de descubrir en Dios a un Padre, al *Abbá* que predicaba Jesús, entenderé que el otro, la otra son mi hermano y mi hermana.

Sólo así comprenderé las palabras de Jesús sobre el verdadero amor, incluso a los enemigos:

Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen: así seréis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos (Mt 5,44-45).

Las Escrituras y la fracción del pan

Uno de los textos pascuales más hermosos, que nos han conservado los evangelios, es el del encuentro de Jesús resucitado con dos discípulos suyos que van camino de Emaús.

Es toda una catequesis comunitaria sobre la Palabra de Dios y la Eucaristía a partir de un relato, de una narración.

- Lc 24,13 Aquel mismo día, dos de ellos iban de camino a una aldea llamada Emaús, que dista de Jerusalén sesenta estadios.
- 14 Iban comentando entre si todos estos sucesos.
- 15 Y mientras conversaban y discurrían, se les acercó Jesús y caminaba a su lado.
- 16 Pero sus ojos estaban como incapacitados para reconocerlo.
- 17 Él les preguntó: «¿Qué cuestiones son éstas que ven s discutiendo entre vosotros por el camino?» Ellos se pararon con semblante triste.
- 18 Y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: «¿Pero eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo sucedido allí en estos días?»
- 19 Él les contestó: «¿Qué?» «Lo de Jesús Nazareno –le respondieron ellos–, un hombre que fue profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo;
- 20 y cómo nuestros pontífices y jefes lo entregaron a la pena de muerte y lo crucificaron.
- 21 Nosotros esperábamos que él iba a ser quien libertara a Israel; pero con todo eso, ya es el tercer día desde que esto sucedió.
- 22 Verdad es que algunas mujeres de nuestro grupo nos han alarmado: fueron muy de madrugada al sepulcro
- 23 y, como no encontraron su cuerpo, volvieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, los cuales aseguran que él está vivo.
- 24 También fueron al sepulcro algunos de los nuestros y encontraron todo exactamente como habían dicho las mujeres. Pero a él no lo vieron»
- 25 Entonces les dijo él: «¡Oh, torpes y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron los profetas!
- 26 ¿Acaso no era necesario que el Cristo padeciera esas cosas para entrar en su gloria?»
- 27 Y comenzando por Moisés, y continuando por todos los profetas, les fue interpretando todos los pasajes de la Escritura que se referían a él.
- 28 Cuando se acercaron a la aldea adonde iban, él hizo ademán de seguir camino adelante.
- 29 Pero insistieron en que se quedara con ellos, diciendo: «Quédate con nosotros; que es tarde y el día se acaba» Entró, pues, para quedarse con ellos.
- 30 Y estando con ellos a la mesa, tomó el pan, recitó la bendición, lo partió y se lo dio.
- 31 Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron; pero él desapareció de su vista.
- 32 Se decían el uno al otro: «¿Verdad que dentro de nosotros ardía nuestro corazón cuando nos venía hablando por el camino y nos explicaba las Escrituras?»
- 33 Y en aquel mismo momento se levantaron y regresaron a Jerusalén, donde hallaron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos,
- 34 que decían: «¡Es verdad! El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón»
- 35 Entonces ellos refirieron lo que les había sucedido en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Dos discípulos de Jesús vuelven de Jerusalén, poco después de la muerte violenta de su Maestro en una cruz. Vuelven a Emaús cabizbajos, decepcionados, apenados,

desesperanzados... Han perdido la esperanza, se la han asesinado. Les falta fe, les falta amor, por eso no tienen esperanza.

El evangelista nos proporciona el nombre de uno de los dos discípulos: Cleofás. Pero no del otro u otra: es probable que fuese su esposa, conocida por otro evangelio como «María, la mujer de Cleofás» (Jn 19,25). Juntos volvían a casa, desalentados, con la sensación de fracaso, después de los acontecimientos de Jerusalén.

Y se encuentran por el camino con un caminante desconocido que les acompañará en su travesía. Es Jesús, pero ellos no lo reconocen. Compartirán con él su decepción. «Jesús se sitúa en lo más íntimo de sus preocupaciones y les deja que hablen cuanto quieran sobre su esperanza fallida»¹⁸

El desconocido les explica las Escrituras, les invita a «leer» en la Palabra de Dios el plan divino de salvación; les ofrece ver con otros ojos el proyecto de Dios materializado en la persona de Jesús. La Biblia leída – escuchada así abre nuevas perspectivas, posibilita la fe, entusiasma: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» (v. 32), comentarán después los dos discípulos. Les descubre las Escrituras, les muestra cómo la Palabra de Dios preanuncia al Mesías y la suerte que le tocará vivir: su pasión y muerte, pero también su triunfo sobre la muerte, su resurrección.

Ellos, al llegar a su destino, acogen a este forastero que les acompaña, para que no siga de camino sin luz del día o encuentre problemas dónde pasar la noche: sin saberlo están dando cobijo a Jesús. La hospitalidad, el amor les va a permitir acoger al mismo Jesús, sin ellos saberlo.

Y lo reconocerán en la «fracción del pan», nombre con el que se conoce la Eucaristía en los evangelios. «Dios les abrió los ojos»: sentido de la expresión «se les abrieron los ojos», en pasiva teológica o pasiva divina.¹⁹ La acción divina que les posibilita entender el misterio de la resurrección de Jesús acontece en el marco de la «fracción del pan», de la Eucaristía.

Jesús sale de la escena, y ellos sin demora vuelven a Jerusalén, aunque es de noche, para anunciar a la comunidad el gozo inmenso de la resurrección de Jesús y de la forma cómo lo han reconocido. Todo ha cambiado en sus vidas. Por eso ya no les importa que haya anochecido, se olvidan que acaban de andar varios kilómetros y vuelven a desandar el camino; la alegría del encuentro con Jesús resucitado les invade y sienten la imperiosa necesidad de proclamarlo a los cuatro vientos.

La Palabra de Dios hecha meditación me interpela sobre cómo me acerco a la Palabra de Dios y a la Eucaristía. Me pregunta si me entusiasmo escuchando, leyendo,

¹⁸ Etienne CHARPENTIER, *¡Cristo ha resucitado!* (Cuadernos Bíblicos 4), Estella: Verbo Divino ⁴1981, p. 7.

¹⁹ Cf. Joseph A. FITMYER, *El Evangelio según Lucas, traducción y comentario*, tomo IV: capítulos 18,15-24,53, Madrid: Cristiandad 2005, p. 593.

meditando las Escrituras diariamente, si esta Palabra es fundamental en mi existencia, si ella es la brújula de mi vida.

De igual manera, me interroga sobre mi actitud ante la Eucaristía: si descubro en ella a Jesús resucitado, si reconozco a Cristo en cada mujer y en cada hombre necesitados, si me siento apremiado a proclamar a los cuatros vientos el gozo de este descubrimiento.

La oración me ayudará a desvelar lo que Dios quiere de mí, lo que me está sugiriendo a través de su Palabra, cómo me esta inspirando que cambie mis actitudes, mi vida. Me siento amado, contemplado por Dios, invitado a asumir todo lo que he descubierto en su Palabra, y esto me produce una gran paz. Pero esta paz no impide que me proponga cambiar, actuar: dejar que su Palabra amorosa me inunde, sea mi compañera de viaje, descubra en ella a un Dios que quiere dialogar conmigo. Y, de la misma forma, que descubra en cada mujer y en cada hombre alguien amado por Dios como Padre y, por consiguiente alguno de mi familia, mi hermana, mi hermano. Sólo así podré disfrutar plenamente del encuentro amoroso de la Eucaristía, descubrir al Señor en cada celebración litúrgica, y sentirme impulsado a proclamar la «Buena Noticia» de Jesús, a todos y a todas, en cualquier circunstancia.